

## PARA NADADORES:

### WILLIAM MORRIS NOTICIAS DE NINGUNA PARTE

[emiliosola@arhivodelafrontera.com](mailto:emiliosola@arhivodelafrontera.com)

Colección: Bibliografía: Notas de lectura. Nadadores  
Fecha de Publicación: 27/03/2016  
Número de páginas: 8  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

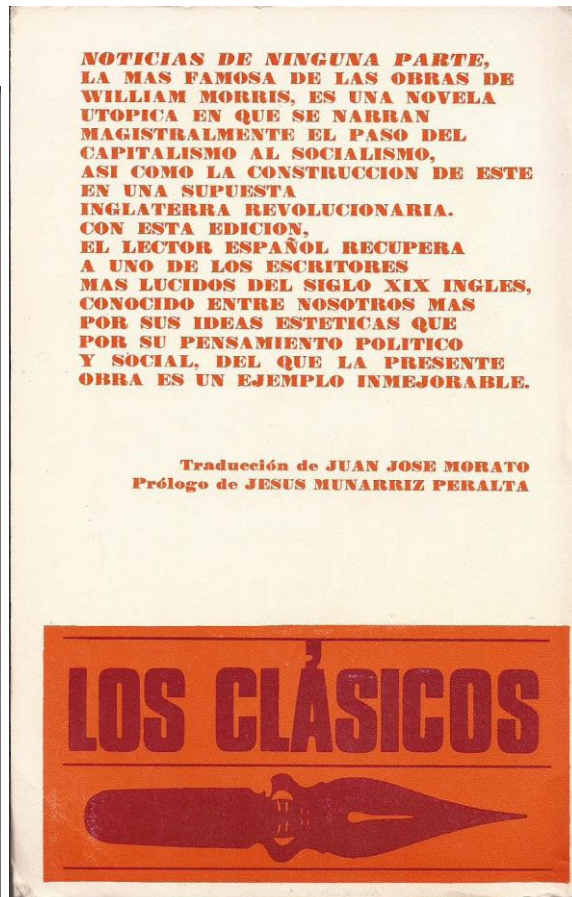
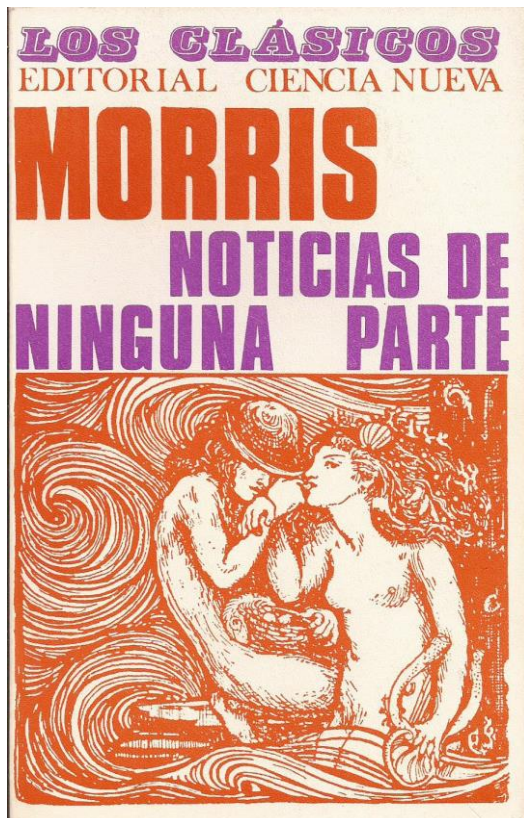
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## **WILLIAM MORRIS: NOTICIAS DE NINGUNA PARTE.**

Traducción de Juan José Morato. Prólogo de Jesús Munárriz.  
Madrid, 1968, Editorial Ciencia Nueva.

La traducción de esta edición de la que tomamos los textos es del socialista Juan José Morato Caldeiro, de una edición de 1903, y está reeditada por la editorial Ciencia Nueva en 1968 con prólogo de Jesús Munárriz Peralta, una reliquia encantadora de casi medio siglo ya.



William Morris (1834-1898), estudiante en Oxford y amante del gótico y el medievalismo, ensayista de estética y arte y poeta, así como amigo de los pintores prerrafaelistas – su esposa fue una de las modelos predilecta de estos pintores –, repudia el mundo mercantilista del que era originario y la sociedad capitalista victoriana inglesa; volcado en la creación artesanal con técnicas preindustriales, es considerado uno de los precursores del diseño artístico de los objetos cotidianos de todo tipo, y en su periodo de editor realizó ediciones de las más apreciadas actualmente por los coleccionistas y bibliófilos; relacionado con los fundadores de la Liga de Emancipación del Trabajo (Labour Emancipation League) y tesorero de la Democratic Federation, participará desde entonces mucho en la vida política socialista, hasta fundar la Liga Socialista (Socialist League), de la que redacta su manifiesto, y sufragar el periódico *Commonweal*, del que será finalmente expulsado poco antes de que desaparezca la Liga, cuando mantiene

posturas más próximas al anarquismo y alejadas del parlamentarismo como forma de lucha política, de lo que al final también se apartará.

En 1890 publica en el periódico *Commonweal* las *Noticias de Ninguna Parte* (*News from Nowhere*), que salió en libro al año siguiente. Lo subtituló “Capítulos para una novela utópica”. Conoce el marxismo y a Engels y su obra, y concibe el estado como “el mecanismo de la tiranía” pues el gobierno tiene como función “proteger a los ricos contra los pobres”, de alguna manera formulaciones globales también próximas al anarquismo. Su socialismo pergeñado literariamente en esta pieza literaria sería definido hoy como ecologista y feminista, con rasgos anarquizantes claros al suprimir matrimonios y divorcios, las diferencias entre ciudad y campo o entre trabajo manual e intelectual, y entre el trabajo y el deporte o juego, así como peculiares ideas sobre la educación en la que priman los oficios y artes prácticas sobre lo libresco. El trabajo pasa de esclavizador a creador y sus objetos creados y resultados son más bellos.

En fin, como lo explicita en el inicio de las *Noticias de ninguna parte*, intenta imaginar ese mundo feliz que pudiera construirse después de una revolución emancipadora:

“Aquella noche – contaba nuestro amigo – hubo en la Liga una discusión asaz empeñada respecto de lo que acontecería al día siguiente de la revolución, discusión terminada con una viva exposición del respectivo concepto de la futura sociedad en pleno funcionamiento, hecha por todos los distinguidos amigos”.

Y ese amigo al que alude el autor salió de esa reunión con un deseo ferviente: “¡Si yo pudiera verlo un día nada más – decía entre sí –, sólo un día!” Fruto de ese fuerte deseo, tras una noche extraña y en duerme-vela, inicia la experiencia fantástica de entrar en un mundo de después de la revolución, muchos años después, hacia el siglo XXI ya pues se da cuenta cuando le fechan un puente “no muy viejo” en el año 2003. Y esa experiencia que le cuenta el amigo y que el autor va a poner por escrito para darle forma literaria asequible, es esa utopía ruralizante y socialista que se inicia precisamente con el capítulo segundo titulado “Un baño matutino”.

Un texto especial para Nadadores, pues, que comienza su fantástico salto temporal hacia el futuro – sociedad ficción o novela de anticipación, imaginación de otra realidad, utopía o proyecto deseable o qué – con un buen baño, esta vez en el Támesis, como un alumbramiento en este caso a otra nueva realidad. Al despertar el amigo del narrador se sorprende de su bienestar por un lado, y de que a pesar de haberse acostado en otoño se despierta con un tiempo que le recuerda al del mes de junio por “el aire fresco y brisa agradable”:

“El Támesis seguía allí brillando al sol, casi en marea alta, como yo le había visto la noche antes, brillando también a los rayos de la luna.

“No pude de ningún modo librarme de la opresión que me invadía, y por ello no pude darme cuenta exacta del sitio en que me encontraba, lo que no tiene nada de extraño, aún a pesar de la vista familiar del Támesis. Además me sentí a un tiempo aturdido y temerario,

y acordándome de que con frecuencia las gentes toman un barco y van a ejercitarse en la natación en plena corriente, pensé hacerlo también. ‘Un poco temprano me parece – decía para mí –, pero quizá encuentre un bote en Bifin’. No tuve que ir a Bifin ni moverme de donde estaba, porque al volver a la izquierda vi un embarcadero justamente delante de mi casa – en el sitio donde un vecino mío había instalado uno, aunque no me parecía que fuese el mismo –. Bajé y vi barcos amarrados y un hombre en uno de ellos evidentemente destinado al servicio de los bañistas. Me saludó inclinando la cabeza y dándome los buenos días como si me esperara, salté en el barco y comenzó a remar tranquilamente mientras yo me desnudaba para nadar. Miré el agua y no pude menos de exclamar:

- ¡Que limpia está hoy el agua!
- ¿De veras? No había reparado. Ya sabéis, sin embargo, que la marea alta la enturbia siempre un poco.
- ¡Hum! – dije –. Yo la he visto siempre más turbia, hasta en la marea baja.

No contestó, pero me pareció sorprendido de mi observación, y como entonces luchaba contra la marea y ya me había desnudado, sin más ceremonias me arrojé al agua. Naturalmente, cuando mi cabeza salió del agua me volví en dirección de la marea y mis ojos buscaron el puente; y tanto me sorprendió lo que vi que dejé de nadar vigorosamente, y por un momento estaba tragando el agua, subí y fui en dirección al barco porque necesitaba preguntar al marinero; de tal modo me había intrigado lo entrevisto por mí en el río. Fui, como digo, al barco con los ojos llenos de agua, aunque desembarazado por completo de mi sensación de soñolencia y de aturdimiento, enteramente despierto y con el espíritu lúcido.

Mientras subía la escalera que había echado el marinero y agarraba la mano que me tendía para ayudarme, la marea nos llevaba rápidamente a Chiswick; en seguida tomó los remos, volvió el barco y dijo:

- Corto ha sido el baño, vecino; acaso habéis hallado el agua fría después de vuestro viaje. ¿Queréis que os lleve a tierra en seguida, o preferís desembarcar en Putney antes del desayuno?

Hablaba de un modo tan distinto del que pudiera esperarse de un marinero de Hammersmith, que le miré fijamente, respondiéndole:

- Detened el barco un momento, necesito mirar un poco alrededor de mí.”

Y es ahí, tras ese corto baño y natación, cuando comienza la fábula fantástica de la inmersión en otro mundo temporal y físico, con un barquero cual contrapunto del Caronte del lago de la muerte, que lo conduce a la visión del nuevo mundo feliz de después de una liberación y en el que todo, desde la manera de expresarse hasta los objetos y la gente, es

más bello. De entrada, el joven marinero hermoso y armonioso, vestido no con los “modernos trajes de día de trabajo” sino con un vestido similar a los del siglo XIV “azul turquí, sencillo y de un tejido finísimo y sin mácula”, parecía “un joven aristócrata, robusto y refinado, que por puro deporte se dedicaba a marinero”. La sorpresa aumentó cuando, después de saber que estaban en el siglo XXI por algunas observaciones que le hizo el joven, quiso pagarle su servicio sacando del bolsillo unas monedas, que el joven miró con curiosidad y le comentó:

- “Me parece adivinar lo que queréis decirme. Pensáis que os he prestado un servicio y os creéis obligado a darme en cambio algún objeto, lo que yo no haría sino con algún semejante mío que hiciera algo particular por mí. He oído hablar de esto, pero, perdonad mi franqueza, eso nos parece una cosa enojosa y complicada que no sabemos practicar. Como veis, conducir esta barca y bañar a las gentes es mi empleo y debo cumplir con él para todo el mundo; recibir por ello regalos lo creo absurdo. Además, si uno me regalaba algo, otro debería hacerlo también, y así todos, y espero que no me creeréis grosero si os digo que no sabría dónde colocar tantos recuerdos de mi amistad.

“Rió ruidosa y alegremente, cual si la idea de ser pagado por su trabajo fuese una broma regocijada. Confieso que empecé a temer que mi hombre estuviese loco, aunque tenía un aspecto sano y tranquilo, y pensé con satisfacción que por aquel sitio el río era profundo y rápido y que yo sabía nadar muy bien.

Sin señal alguna de locura, el marinero prosiguió:

- En cuanto a vuestras monedas, son curiosas, pero no muy antiguas; todas ellas parecen del reinado de Victoria; deberéis regalarlas a un museo poco rico. El nuestro tiene muchas de esas monedas y aun de otras más antiguas y más bellas, en tanto que esas del siglo XIX son tan estúpidamente feas, ¿no es verdad? Tenemos una de Eduardo III con el rey en navío y el borde orlado con flores de lis y con leopardos que es un trabajo delicado. Ya veis – añadió con algo de coquetería –, me gusta trabajar el oro y los metales preciosos, y el broche de mi cinturón es uno de mis primeros trabajos, hecho con una moneda mía.”

Y así iba a seguir el viaje de aquel amigo del narrador, que se presentó como extranjero al joven marinero para disimular su torpeza en el nuevo mundo que se le abría ante sí, y que no iba a dejar de glosar ese futuro utópico feliz y arcaizante que son esas noticias de ninguna parte. De alguna manera, un sueño quijotesco aunque literariamente algo más naif que las fábulas desengañadas cervantinas.

Las apreciaciones que van apareciendo aquí y allá mantienen el interés y son significativas de una racionalidad alternativa a la políticamente correcta en aquella Europa colonial y burguesa, como cuando presenta a Stanley, el héroe colonial inglés para

África, como un devastador del tiempo en el que el Gobierno británico “enviaba deliberadamente mantas contaminadas de viruela a las tribus incómodas y peligrosas”, como una muestra de cómo trataba “la civilización (o miseria organizada) a la ‘no civilización’” (cap. XV). En esas apreciaciones, presentadas en diálogos con frecuencia, aparecen algunos de los razonamientos teóricos de Morris como la racionalización de la producción con acuerdo a las necesidades, que genera algunas anticipaciones de especial lucidez sobre la sociedad de consumo. Esta puede ser una muestra, del mismo capítulo XV, en el que un anciano que recuerda vagamente el mundo pasado razona así:

- “Es evidente – dijo, moviéndose en su sillón y como preparándose para un largo discurso –, según cuanto hemos oído y leído, que en la última etapa de la civilización los hombres se movían en un círculo vicioso en lo que a la producción de bienes se refiere. Habían logrado una maravillosa facilidad de producción y para sacar de ella el mayor partido posible habían creado poco a poco (o más bien dejado que se creara) un complicado sistema de compraventa, que se llamaba ‘el mercado universal’, y este mercado, una vez funcionando, les obligaba a fabricar cada vez más productos, siempre más, fuesen o no necesarios. Así, sin poder eximirse de crear las cosas precisas, para la satisfacción de necesidades reales, creaban multitud de objetos inútiles, o sólo convencionalmente necesarios, los cuales, bajo el imperio de la ley del mercado universal, adquirirían igual importancia que los objetos necesarios. De este modo se cargaban con una mole inmensa de trabajo, únicamente por sustentar su mísero sistema.
- Sí; ¿y después?
- Después, como los hombres se vieron obligados a arrastrar este horrible fardo de la producción inútil, les fue imposible considerar el trabajo y sus resultados desde otro punto de vista que este: el esfuerzo incesante para emplear en cada artículo la menor suma posible de trabajo, al mismo tiempo que para fabricar el mayor número posible de esos artículos. Todo se sacrificaba a esa ‘producción barata’. La felicidad del obrero en el trabajo, su más elemental bienestar, su comida, sus vestidos, su habitación, su salud, su tiempo, sus recreos, su educación, su vida, en suma, no pesaba ni un grano de arena en la balanza al lado de esta espantosa necesidad de ‘producir barato’ objetos que no merecían la pena. Sí, y se cuenta (y hay que creerlo porque son verídicos y concluyentes los testimonios, aunque hoy muchos no le den fe) que aún los hombres ricos, los dueños de los pobres diablos de que acabo de hablaros, vivían en medio de espectáculos, ruidos, olores y fealdades de los que huye con horror la naturaleza humana, todo para sostener sus riquezas y esta aberración suprema. De hecho la comunidad entera estaba en las fauces de ese monstruo voraz llamado ‘producción barata’, monstruo engendrador del ‘mercado universal’.

Literatura de anticipación en muchos sentidos, y más leída desde este siglo XXI que disfrutamos y sufrimos. Curiosamente, en el último capítulo del relato, el XXXII, “El principio de la fiesta.- Fin”, vuelve a aparecer una escena de natación en el momento en el que se relata una fiesta en torno a la siega del heno en la que trabajo, ocio y juego, educación y sociabilidad se entrelazan en un idílico paisaje de novela pastoril clásica. El guía del amigo del narrador es quien le va explicando el sentido del entorno festivo, antes de la camina comunal, picnic campestre:

“Diciendo esto me llevó fuera del campillo a una explanada cubierta de arena que dominaba un prado de la orilla del agua; después, volviendo a la derecha por un sendero abierto entre la hierba madura, alta y espesa, me condujo al río por encima de la esclusa y del molino. Allí pudimos nadar a nuestro gusto y con gran placer, porque el agua se extendía más arriba de la esclusa y el río parecía más grande, sujeto como estaba por ella.  
- Ahora estamos más dispuestos para comer – dijo Dick cuando estuvimos vestidos y atravesábamos de nuevo la hierba [...]

Y así sigue hasta el final el relato... “¿Fue aquello realmente un sueño?”, se pregunta al final el protagonista, concluyendo que “habría que llamarla visión y no sueño”. Pero con el convencimiento del revolucionario optimista de “que hay una era de paz reservada al mundo, cuando la supremacía sea cambiada en fraternidad..., no antes”.

\*\*\*

El sueño o la visión de William Morris en estas *Noticias de ninguna parte*, vistas/leídas desde el siglo XXI, aparecen como algo naif y encantador pero mantienen ese ideal transformador de aquellos momentos de optimismo revolucionario de finales del XIX siempre saludables y a tener en cuenta para no venirse abajo del todo en el siempre renovado esfuerzo por mantener algún tipo de esperanza más allá del “ánimo, amigo, lo mejor ha sucedido ya”.

Ejercicios de supervivencia. Para los que hay que mantenerse a flote como un buen Nadador.

Recogemos el índice:

